



DISCURSO VIII

*Soberana grandeza del Dios Hombre Sacramentado
declarada por los atributos divinos.*

*Armonías entre las perfecciones de Dios
y la Sagrada Eucaristía.*

Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator.
Verdaderamente el Salvador, Dios de Israel, es un
Dios escondido.

ISAÍ. 45, 15.

1. Jesucristo; he aquí la mágica palabra que dulcemente han pronunciado los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, la eternidad y el tiempo. Jesucristo; he aquí el inefable nombre ante el cual reverencias mil practicaron en todos los siglos los cortesanos de las célicas regiones, las generaciones militantes y los moradores del averno (1). Jesucristo; he aquí el divino ser que ha compendiado en sí propio los arcanos insondables de la eternidad y los admirables y bellísimos misterios del universo; que, naciendo en el tiempo, fué en cuanto Dios engendrado del Padre en la eternidad, y jamás tendrá fin; que ha visto deslizarse ante sí una generación de santos hasta el primer hombre, cuyo objeto en este mundo no fué otro que anunciarle, predicarle y ensalzarle, como también ha visto pasar por ante sus ojos, después de su mortal venida, otras simpáticas generaciones de héroes justificados que le han pregonado y vindicado.

(1) Ad Philip. 2. 10.

Él lo ha resumido todo: las infinitas perfecciones de Dios, los arrullos amorosos del serafín, los conocimientos sutiles del querubín, el imperio colosal de los potentados, las atribuciones múltiples de las dominaciones, los respetos profundos de los tronos, las comisiones divinas de los arcángeles y la ternura y cariño sin par de los ángeles. Él lo ha resumido todo: la santidad grande de los patriarcas, el celo abrasado de los profetas, la equidad admirable de los jueces, la dignidad humilde de los reyes, el valor intrépido de los héroes, el sacrificio continuo de los sacerdotes. Él lo ha resumido todo: porque Él ha infundido gracia en los apóstoles, paciencia en los mártires, virtud en los confesores, abnegación en los anacoretas, castidad en las vírgenes, ciencia en los doctores, palabra en los misioneros, piedad en las viudas. Él lo ha resumido todo: porque ha dado eficacia celestial á los sacramentos, autoridad divina á la Iglesia, dignidad sublime á los papas, jefatura santa á los obispos, unción sagrada á los eclesiásticos, elevación admirable á los monjes, fervor apostólico á los religiosos, caridad mutua á los cristianos legos. Él lo ha resumido todo: porque de Él pende la majestad regia de los príncipes, la magnificencia cristiana de los grandes, la defensa de las leyes en los magistrados y la ciencia suficiente de los profesores. Él lo ha resumido todo: porque en Él están las alturas portentosas de las ciencias, la estética de la literatura, la hermosura múltiple del arte, las provechosas aplicaciones del oficio, las invenciones primorosas de la industria y la agilidad maravillosa del comercio. Él lo ha resumido todo: la fragancia salutífera del campo, el fruto ópimo del árbol, la variedad infinita de las plantas, la belleza encantadora de la flor, la riqueza del metal. Él lo ha resumido todo: los acordes cadenciosos de la música, los delicados perfumes del vegetal, las propiedades medicinales del arbusto, el vuelo sutil del ave, el canto arrobador de la alondra, la fuerza irresistible de los elementos, los focos rutilantes del firmamento, la triste obscuridad de la noche, la alegre claridad del día, la inmensi-

dad de los cielos. Todos, todos los seres y todas las cosas han sido compendiados en Jesucristo. ¡Ah! Es que Jesucristo, si es causa y origen de todas las cosas es también centro de las mismas así como su término feliz. De Jesucristo, por consiguiente, parten las maravillas eternas y creadas, y á Él irán á parar. Jesucristo es el foco, el centro de toda grandeza.

2. Mas he ahí que nuestro Señor en prenda de este hecho real y á todas luces clarísimo quiso dejarnos en la tierra un monumento sublime, un monumento admirable; porque, así como Él es personalmente visible en el cielo, y centro divino de todas las grandezas posibles: así fuera personalmente velado en el Sacramento, centro eucarístico de donde irradia toda belleza y á donde converge toda idea de magnificencia. Quiso ser, mediante la Divina Eucaristía, perfecta extensión de la Encarnación, porque siendo cierto que Jesucristo no puede morir, una vez resucitado, al no quedarse realmente en la Eucaristía, dejaba, digámoslo así, de existir personalmente entre nosotros, dejaba de ser personalmente entre nosotros foco del amor, centro de toda perfección y fuente de todo bien. Con el Sacramento del altar, empero, remedió tamaña desgracia, y aunque partió al cielo, quedóse en la tierra de milagroso modo. ¡Círculo limitado, donde está engastada la Divina Hostia; pero cuyo contenido es riquísimo, inmenso, infinito, y sólo Dios pudo por amor estrecharse en la Hostia sacrosanta y aparecer pequeño siendo ilimitado, pobre siendo riquísimo, y pan siendo el cuerpo vivo de su Hijo!

3. Por eso la Santa Eucaristía, en frase de los santos PP. y doctores, es llamada: «compendio de las maravillas divinas, cifra de los tesoros eternos, suma de todos los prodigios obrados por el Señor, resumen abreviado de toda belleza, ya que el mismo Dios por boca de su real profeta asegura que el Sacramento del altar es una memoria de todas las maravillas por Él obradas» (1); y en esta cifra, y en es-

(1) Ps. 110, 4.

ta suma, y en esta eterna memoria, en la que Jesucristo subsiste real y verdaderamente, campean de tal modo las perfecciones de la naturaleza Divina en la Persona del Dios Hombre Sacramentado, que estudiarlas detenidamente es uno de los trabajos más propios del orador católico, y una de las ocupaciones más santas y necesarias de todo cristiano amante del adorable Sacramento. Éste será mi propósito en el presente discurso; á saber: *Que los atributos ó perfecciones de la naturaleza divina de Jesucristo, patentizados por la santa Eucaristía, declaran la soberana grandeza del Hombre Dios Sacramentado.*

Para el efecto distribuiré mi trabajo en dos partes. Trataré en la primera de los atributos negativos, y en la segunda de los positivos y de los que se refieren principalmente á las criaturas.

PARTE 1.^a

¿Hay en el diccionario de las lenguas alguna palabra tan propia, tan necesaria y tan eterna como Dios? ¿La hay tan universal, tan respetada, tan digna y tan santa? ¿La hay tan simpática, tan dulce y que al hombre cause satisfacción tanta? No la hay; y la razón está en que sólo Dios es el ser por esencia propio, necesario, universal, respetado, digno, santo, simpático, dulce y satisfactorio. Y no creáis que éstos son los únicos atributos y los exclusivos títulos de Dios; no. Del Ser por esencia, así como debemos predicar todas las perfecciones imaginarias, debemos también omitir toda imperfección posible, aún la más mínima; y, engolfados gustosamente en la contemplación de las perfecciones divinas, podríamos ir descubriendo nuevos horizontes con que alabar á Dios por sus bellos atributos si no nos bastasen para la ponderación los ya estudiados por la teología católica.

1. Siendo los atributos de Dios una misma cosa con la esencia divina, corresponde el primer lugar á la *Unidad*. Por la fe, antorcha luminosa que guía al hombre por entre las tinieblas de su espíritu; por la razón, chispa que se apaga si no es iluminada por la fe; por el testimonio universal,

documento ineludible de verdad: sabemos que el Ser divino es exclusivamente uno, porque es necesario principio y gobernador de todas las cosas. Sin este divino Ser nada se explica, y con más de un Ser divino, según pretendían los gentiles, no es posible más que el vacío y el caos.

Admitida por la sana razón la unidad de Dios; reconocida por la lumbrera de la fe la Trinidad de Personas en el Ser divino sin mezcla ni confusión alguna; y adorado por la misma fe el misterio de la Encarnación del Verbo, constanos infaliblemente ser cierta la unidad de la personalidad divina de Jesucristo. De las personas Divinas, sólo el Verbo, y por una sola vez, tomó la naturaleza humana. «Creo, dice la Santa Iglesia, en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios que se encarnó por obra del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen María:» dogma santísimo que, repetido por millones de lenguas durante veinte siglos, y transmitido de un polo á otro polo, jamás ha podido ser alterado.

Un solo Jesucristo, una sola Iglesia, unos solos sacramentos, una exclusiva salvación: he aquí cómo todo reconoce la unidad de la naturaleza Divina en la Persona de Jesucristo, que por nuestro amor se ha quedado entre nosotros sacramentado. En el Sacramento, pues, resplandece la unidad de la sagrada Persona de Jesucristo; y si tan sólo Jesucristo en carne mortal pudo obrar milagros en su nombre, y subir á un afrentoso madero para salvar á un mundo que se sumergía en el abismo de la desdicha, y librar triunfante la batalla á la muerte y al infierno, surgiendo victorioso del sepulcro, y atravesar los espacios rasgando las nubes para introducirse en el seno del Padre, también sólo Jesucristo en el Sacramento, ya en carne gloriosa, obra prodigios en su nombre, se inmola millones de veces al día por la restauración de los hombres, sale triunfante de las manos de sus perseguidores, y, sin abandonarnos un momento, tiene también fija su residencia en el cielo. ¡Un solo Jesucristo y una sola Hostia inmaculada! ¡Qué bellezas!

5. Pero así como la augusta Eucaristía predica la uni-

dad, así también declara la *Simplicidad*. Fúndase ésta en que Dios es una substancia espiritual que excluye cualquiera clase de composición, sea física, metafísica ó lógica. Nada tan absurdo como los delirios de los panteístas al afirmar que la naturaleza divina consiste en todas las cosas del universo, puesto que confunden lastimosamente á Dios con el mundo. Mas, dejando que vociferen estos insensatos, nuestro deber es ponderar en Jesucristo como Dios el bello atributo de la simplicidad que, excluyendo en Él toda parte ó mezcla, le predica purísimo. ¡Ah! ¿Y no brilla este atributo en la Hostia santa, al notar por la fe que si las sagradas Especies se alteran, Jesucristo no se altera; que si ellas se corrompen, Jesucristo no se corrompe; que si ellas son atravesadas con pérfidos puñales, Jesucristo no es tocado; y que si ellas se consumen ó destruyen, Jesucristo no se destruye ni se consume? Ciertamente que todo esto sucede porque el divino Salvador en la Eucaristía no está á modo de materia, sino como espíritu; pero por ese modo maravilloso que revela al propio tiempo la simplicidad de la naturaleza divina de Jesucristo como Dios.

6. Y así como el Ser supremo es simple, es también *Infinito*. Sus límites son no tener ninguno; por esta razón es infinitamente santo, infinitamente justo, infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinito en toda clase de perfección; lo cual no podía por menos de ser así, atendido que el Ser necesario no puede carecer de todo cuanto deba tener y poseer para el perfecto ejercicio de su acción divina.

Este atributo campea brillantemente, como las demás perfecciones, en Jesucristo Sacramentado: y si el Hijo de Dios en el Sacramento es infinito en todos sus atributos, de un modo singular hace brillar la infinidad de su sabiduría, de su bondad, de su omnipotencia, de su amor, de su misericordia y de su providencia, preparando para el hombre la Mesa eucarística, á donde con alegría le convida para que coma de su Cuerpo y beba de su Sangre y se nutra de su divino Ser, y se embriague y engolfe en sus ricas delicias. No, no tienen límites las perfecciones divinas al

ponerlas Jesucristo en santo juego para instituir el más venerable de los sacramentos; no, no tiene límites la virtud peculiar de la Divina Eucaristía, ni en cuanto á sí misma al inmolarse incruentamente á Dios Padre en los altares, ni en cuanto á los hombres que participan de esa divina inmólación para ser más agradables á Jesucristo y mejores ciudadanos; no, no tienen límites los efectos santamente sociales que produce el Sacramento Santísimo, y en las almas escogidas engendra, digámoslo así, cierta infinidad de amor á Dios y al prójimo, como que participan directamente de la caridad infinita que Jesucristo Sacramentado nos profesa.

7. Al paso que la teología católica muestra de Dios los tesoros de su infinidad, patentiza asimismo su perpetua *Inmutabilidad*. «Yo, el Señor, no me mudo» (1), ha dicho el Eterno. En efecto, Dios no se muda, ni por razón de substancia, ya que jamás envejece; ni por razón de tiempo, pues está presente á todas las edades; ni por razón de lugar, ya que se halla en todas partes; ni por razón de cantidad, pues carece de cuerpo; ni por razón de cualidad, ya que es eternamente perfecto; ni por razón, finalmente, de acción, pues desde una eternidad conoce y quiere las cosas que en el tiempo han de sucederse. Esta hermosa perfección divina la posee sin duda el Hijo de Dios en el Sacramento del Altar, y en uso de ella siempre es el mismo en el amor á los hombres, no faltando jamás á sus promesas, aunque aquéllos se retraigan de su amistad; siempre es el mismo en su Ser deífico, ofreciéndose al mundo en perpetuo é incesante holocausto por sus miserias y pecados. Esa paciencia inalterable de Jesucristo eucarístico ante los desprecios y escarnios que le infieren los mortales; ese silencio profundo que brilla en Jesús Sacramentado, ¿no revela en algún modo el asombroso atributo de la inmutabilidad divina?

8. Pero el Verbo de Dios es también *Incomprensible*. Grande felicidad es para el espíritu humano, dice S. Agus-

(1) Malaq. 3.

tín, llegar algún tanto con el conocimiento á Dios, pero, comprenderlo es absolutamente imposible (1). En efecto ni el hombre ni el ángel pueden llegar á comprender la naturaleza divina como es en sí misma; para esto necesario sería que el entendimiento humano ó angélico fuesen infinitos; sólo Dios, por consiguiente, por ser infinitamente perfecto, puede comprenderse á sí propio; y si el Apóstol con verdad enseña que ahora, en el tiempo, conocemos á Dios por medio de enigma, por medio del velo de la fe; y después, en la eternidad, le conoceremos cara á cara, (2) no entiende que le comprenderemos y conoceremos como es en sí mismo, sino en cuanto es conocible respecto á nosotros. ¡Misterio profundo, pero misterio al propio tiempo consolador que nos hace merecer á Dios en esta vida para gozarle en la eterna!

Y así como el Verbo del Padre es en sí mismo incomprensible, también lo es en el Sacramento del Altar, en el que oculta su hermoso rostro tras los niveos cendales de su sagrado Cuerpo y de los accidentes eucarísticos. En este bello Sacramento es todo admirable y providencial, porque providencial y admirable es que tampoco sea comprendido el modo de ser del Salvador en la Eucaristía; y por más que sabemos que en Ella existe realmente Jesucristo, y que existe para nuestro espiritual sustento; y por más que sabemos que se halla en la Divina Hostia á modo de substancia, jamás conoceremos cómo es su manera de ser. Obra predilecta de Dios, obra única, por la que Dios Hombre mora personalmente con los hombres, debía ser inaccesible al humano entendimiento.

9. Cierto es, en efecto, que Dios es incomprensible; pero por esto mismo que es incomprensible es *Inefable*. Nosotros sabemos dar propio nombre á las cosas después de haberlas suficientemente conocido; mas porque á Dios no podemos conocer como es en sí, de ahí la dificultad de poderle llamar por su propio nombre. Un Ser de tantas é infinitas perfecciones ¿podrá convenirle alguna denominación particu-

(1) Serm. 38. De verbis Domini.

(2) I Cor. 13, 12.

lar? ¿Podrá el hombre, criatura limitada, invocarle con nombre adecuado? De ninguna manera. Por esta razón, en contestación á la pregunta de Moisés, añadió el Autor del universo:—Yo soy el que soy.—Respuesta enigmática que expresa ciertamente ser Dios el Ser por esencia, pero á quien no conviene denominación particular, porque el que está fuera de los alcances de las inteligencias superiores también debe estar fuera de la regla común de recibir denominación.

Si, pues, el Eterno, en la inmensa esfera de su esencia, no puede tomar nombre adecuado, tampoco en la esfera sacramental de su vida eucarística, puede recibir título conveniente. Jesucristo en el Sacramento del Altar ha depositado todos sus ricos tesoros, y como no hay lengua que enumerarlos pueda, tampoco la hay que pueda evaluarlos. Conocemos la Divina Eucaristía por la fe, aunque ignoramos totalmente el Misterio; pero, así como percibimos á Dios por sus admirables obras, así percibimos este Misterio eucarístico por sus milagrosos efectos. De todos modos no podemos apropiarnos nombre oportuno á este bellissimo Sacramento, encarnación perpetua del Verbo divino, como al Verbo divino no podemos invocarle propiamente. Ved ahí por qué denominamos Sacramento á este singular modo de habitar Dios con los hombres; nos es una cosa oculta, un arcano misterioso, y de ahí no nos atrevemos á pasar, pues ni aun el mismo Jesucristo, al llamarle Pan y Vida, no le expresó en su esencia, sino en sus efectos; y por más que los santos padres y doctores católicos, llevados de amor, atribuyeron al Hijo de Dios Sacramentado títulos más ó menos hermosos, más ó menos significativos, empero jamás podrá convenirle ninguno de los mismos. El Dios de la Eucaristía es un Dios inefable.

10. También es *Invisible*. ¿Quién de los mortales ha podido ver á Dios? ¿Quién ha podido contemplar con fruición su singular hermosura y quedar largo tiempo arrobado ante esa Beldad divina? No me refiero á la visión abstractiva, á la visión por medio de la fe; os hablo de la visión intuitiva, de esa visión deleitable que gozan los bienaventu-

rados, según la cual ven á Dios cara á cara, con los ojos, no del cuerpo, sino del alma. Es de fe que con los ojos corporales nadie, absolutamente nadie, puede contemplar la esencia divina; el Apóstol la llama invisible (1), y S. Agustín (2) añade que lo es respecto á nosotros, no sólo aquí en el suelo, sino también en el cielo. Mas, si por medio de los ojos corporales el hombre, aun bienaventurado, no podrá ver al Eterno, sí lo podrá en efecto con los ojos del alma, con la mente elevada por modo sobrenatural, pues tampoco puede el entendimiento creado, dejado á solas sus fuerzas, ver la esencia divina (3). Le veremos como es, dice el Apóstol (4); y en esta dulce visión intuitiva, en la que consiste la bienaventuranza eterna (5), el santo se gozará en extremo, aspirando las inefables consolaciones que Dios tiene preparadas á los escogidos.

De la misma suerte que la naturaleza divina de Jesucristo es invisible en el cielo á los ojos corporales, lo es también en el Sacramento del Altar, donde Jesucristo, no sólo oculta su divinidad en su humanidad benditísima, si que también esconde á ésta tras los sagrados pliegues de los velos eucarísticos. Ni aun el entendimiento creado puede ver naturalmente la existencia del adorable cuerpo de Jesucristo en el Sacramento. Para que pudiese gozar de semejante visión, necesario sería que dicho entendimiento estuviese desatado de los sentidos, como lo está el del bienaventurado en el cielo, ó al menos sería indispensable que el entendimiento mencionado, aunque no desatado de los sentidos, estuviera beatificado. ¡Qué armonías tan gratas se realizan entre la visibilidad é invisibilidad de la naturaleza divina y la del Cuerpo de Cristo Sacramentado! Jesucristo, sí, puede aparecerse lleno de resplandores en la Hostia santa, mejor dicho: puede hacerse accesible visiblemente á los hombres; mas éstos le ven y le contemplan tan sólo según sus fuerzas al-

- (1) Ad Timoth. I.
- (2) Ep. 82, ad Italicam viduam.
- (3) Lib. I Principiis, cap. I; et Conc. Florent.
- (4) I. Cor. 13.
- (5) Joan 17, 3.

canzan, de lo cual las historias eclesiásticas dan irrefutable testimonio.

PARTE 2.^a

Hemos entrado en la segunda parte, y tanto en ésta como en la anterior, un océano sin límites de perfecciones divinas se ostenta á nuestra vista. ¿Quién podrá surcar con valentía esas cristalinas y saludables aguas, y arribar al puerto deseado con satisfacción íntima? Pero no temamos, y en el navío de la razón humana, dirigido por la segura brújula de la fe, naveguemos por el mar de los divinos atributos, y deleitémonos una vez más en las arrobadoras consonancias que se perciben entre estos atributos divinos y la Santa Eucaristía.

II. Á nuestros ojos se presenta en primer lugar la *Eternidad* del Dios del Sacramento. Siendo el Ser Supremo, necesario ser, consiguientemente es eterno, porque desde el momento en que le suponemos que existe, suponemos también que ha existido siempre. De lo contrario, ¿quién hubiera podido otorgarle existencia? Si alguien tuviera poder para dar la existencia á Dios, ese sería Dios: luego el ser que por necesidad no reconoce principio, es eterno (1); y esta perfección sublime, ambiente purísimo, digámoslo así, en que vive el Altísimo, es la misma que Jesucristo, como Dios, posee en la Divina Eucaristía, pues no podemos separarla en manera alguna de la Persona divina del Salvador, el cual si nos ama con la vehemencia posible en el Sacramento del Altar, es porque este amor no es más que el sello del amor perpetuo (2), del amor eterno que ha profesado á los hombres. Ved por que en la Hostia santa brilla con deslumbrantes resplandores el atributo divino de la eternidad. La Eucaristía es producto del amor divino, y este amor, en frase del mismo Dios, se remonta á las eternidades; y á la manera que la eternidad abarca todos los tiempos y su fin es no tenerlo, de la misma manera, la Sagrada Eucaristía,

(1) Deut. 31.
(2) Jerem. 31, 3.

si existirá con la Iglesia hasta las últimas edades, durará también eternamente como foco de amor en el pecho de Jesucristo, para amarnos en la eternidad.

12. Juntamente con esta perfección soberana de Dios tiene su asiento la *Inmensidad*. En la elevación de nuestra alma; cuando nuestro espíritu, robado á los sentidos y engolfado en el pensamiento divino, solemos exclamar ¡Cuán grande es Dios! no hacemos más que predicar, unidos al grito constante de la creación, la inmensidad del Ser supremo. Nuestro Señor, por este bellissimo atributo, se halla substancialmente presente en todas las cosas y en todos los lugares; es la inmensidad, la ilimitada difusión de la divina substancia en todos los lugares y cosas. Preguntamos ¿dónde mora Dios? y la fe nos dice que su esencia lo llena todo. «¿Acaso no lleno yo, dice el Señor, el cielo y la tierra» (1)? Preguntamos ¿dónde está Dios? y la fe nos asegura que lo está en todas partes por presencia, viéndolo todo, conociéndolo todo y gobernándolo todo. «Están todas las cosas, añade el Apóstol, descubiertas ante sus ojos» (2). Preguntamos ¿dónde está la actividad de Dios? y la fe nos enseña que obra en todo lugar y en todo ser por potencia, dependiendo todas las cosas de su voluntad divina; por esto consigna S. Pablo que «Dios lo obra todo en todas las cosas» (3). Jesucristo en cuanto Dios es también inmenso en la Divina Eucaristía, y su inmensidad no reconoce límites en el lugar, ni en el ser puro en cuanto Dios Hombre; es asimismo inmenso *definitive*, como llaman los teólogos; esto es; que la augusta Persona de Jesucristo se halla realmente presente en toda la Hostia consagrada y en cada una de sus partes sin exceder de ella, pero sin ser estrechado por ella, sino que milagrosamente está en la misma tan real, tan entero, tan vivo y glorioso como en el cielo. Mora Jesucristo inmensamente en la adorable Eucaristía por esencia, llenándola toda; por presencia, viendo y conociendo en Ella todas las cosas; y por po-

(1) Ps. 138.
(2) Hebr. IV, 8.
(3) I Cor. V, 6.